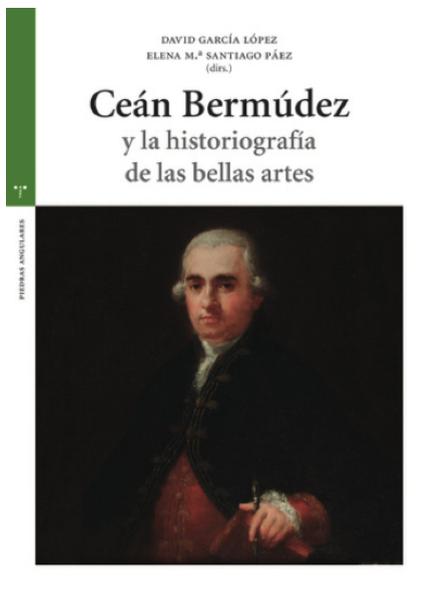


David GARCÍA LÓPEZ y Elena M.<sup>a</sup> SANTIAGO PÁEZ (dirs.), *Ceán Bermúdez y la historiografía de las bellas artes*, Gijón, Ediciones Trea, 2020, 312 págs.

Si algo ha caracterizado el devenir de la Historia del Arte en España es el escaso interés que, por lo general, se ha prestado a la reflexión epistemológica en torno a la disciplina y a la revisión crítica de sus fundamentos teóricos e historiográficos, una deuda que poco a poco va saldándose con la progresiva aparición de títulos centrados en el pasado de nuestro campo de estudio y en la recuperación de quienes contribuyeron a su nacimiento, evolución y consolidación como ciencia moderna. De entre todos ellos, especial atención han merecido desde hace unos años las figuras que forjaron los cimientos de la disciplina durante el Siglo de las Luces, ocupando un lugar preferente Juan Agustín Ceán

Bermúdez, a quien se dedica esta obra coral dirigida por David García López y Elena María Santiago Páez, responsables a su vez de muchas otras iniciativas anteriores destinadas a investigar y dar a conocer la trayectoria de este pionero coleccionista e historiador de las bellas artes.

Las doce contribuciones reunidas en este libro ofrecen una rica aproximación a distintas facetas de la vida personal y profesional del erudito gijonés hilvanadas con la fortuna crítica de su obra y el contexto en que se definió el campo de estudio de la historia de las bellas artes en España en la transición del siglo XVIII al XIX. Los tres primeros capítulos exploran diversos episodios de la biografía de Ceán Bermúdez que, vistos en su conjunto, permiten comprender los equilibrios que hubo de mantener a lo largo de su vida para compaginar su afición por las bellas artes con sus obligaciones profesionales, aunque de todas esas ocupaciones supo casi siempre sacar provecho por mucho que se lamentara de la falta de tiempo para su verdadera pasión. Así lo pone de manifiesto Javier González Santos al revisar algunas de sus circunstancias vitales y explicar las oportunidades que Ceán tuvo de ampliar su conocimiento gracias a los distintos empleos desempeñados; por ejemplo, la ocasión de estudiar de primera mano



las colecciones reales y entrar en contacto con los artistas de cámara durante los cerca de tres años que estuvo en palacio al servicio del duque de Losada, sumiller de corps de Carlos III. De su empleo posterior como oficial del Banco Nacional de San Carlos se ocupa Teresa Tortella, quien demuestra cómo, aparte de atender las obligaciones administrativas, el asturiano pudo participar en otras operaciones vinculadas a la práctica artística, como el trato con los dibujantes y grabadores que participaron en el diseño y estampación de las cédulas emitidas por la institución como papel moneda, o el hecho de ser el primero en dibujar el emblema del banco de dos manos unidas en un medallón con la leyenda «FIDES PUBLICA» en la cabecera de un temprano balance de 1783. La formación en el dibujo era parte esencial de la buena educación que debía recibir todo joven según el ideario ilustrado, y su intención de aprenderlo y perfeccionarlo explica el primer contacto de Ceán con la Real Academia de San Fernando, cuando solicitó ingresar como discípulo. Con este paso se iniciaba una relación que duraría hasta el final de su vida en calidad de académico de honor (1798) y consiliario (1824), que Esperanza Navarrete aborda a través de la documentación conservada en su archivo, incluyendo las iniciativas que tuvieron lugar en la segunda mitad del siglo XIX para conservar y divulgar su legado.

Las vivencias personales descritas en los primeros capítulos ayudan a comprender mejor las circunstancias en que se desarrolló el interés de Ceán Bermúdez por las bellas artes en un sentido tan amplio como diverso, y donde los temas de estudio se solapaban unos con otros. Su pasión por el dibujo, las antigüedades, la arquitectura o el grabado –por citar los asuntos tratados en los capítulos centrales del libro– es una muestra de cómo no es posible diferenciar hoy en día un saber que ningún aficionado o coleccionista de la época concebía en compartimentos estancos. El esfuerzo de Ceán en «promover el ejercicio y aprecio de las artes del dibujo» con la finalidad de «determinar la mano de muchas obras antes anónimas y desconocidas» es un empeño aún vigente, como se encarga de demostrar Isabel Clara García-Toraño al dar a conocer la autoría de unos dibujos inéditos conservados en la Biblioteca Nacional de España de artífices recogidos en el *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España*. Los fondos de la Nacional sirven igualmente como base para el estudio del grabado propuesto por Elena María Santiago Páez al hablar de su papel como coleccionista de estampas, una actividad iniciada en su juventud que no solo revela su sensibilidad y admiración por estas obras, sino sus enormes posibilidades como fuente de conocimiento para el estudio y difusión de las bellas artes en su conjunto. Bajo el mismo espíritu de aprendizaje y educación se conciben otras empresas de Ceán estudiadas en el libro, como las *Noticias de los arquitectos y arquitectura de España*, un proyecto iniciado a

finales del siglo XVIII por Eugenio Llaguno y que sintetiza su idea de la arquitectura, que Miriam Cera Brea analiza junto a otros trabajos y escritos que Ceán dedicó a «la principal y más excelente de las tres bellas artes»; o el *Sumario de las antigüedades romanas que hay en España*, que estudia en el contexto de la arqueología Jorge Maier Allende al trazar el paso de Ceán por la Real Academia de la Historia, en cuyo seno se llevarían a cabo distintas actuaciones destinadas a la conservación y protección de un patrimonio que empezaba a valorarse desde un sentido de responsabilidad pública y colectiva.

El fallecimiento de Juan Agustín Ceán Bermúdez a principios de diciembre de 1829 fue el de un hombre ya célebre desde hacía décadas en el panorama artístico y cultural español –aspecto que perfila Joaquín Álvarez Barrientos al poner en valor cómo se construyó la fama del personaje y su reconocimiento como héroe nacional en el campo de las letras–, pero sus escritos y colecciones trascendieron las fronteras al convertirse también en una figura clave para quienes desde el extranjero se interesaron por investigar el arte español, una cuestión que enriquece sin lugar a dudas la visión de conjunto sobre el protagonista y que no suele ser habitual en estudios de otros personajes similares. A este respecto se dedican las aportaciones de Beatriz Hidalgo y de Hilary Marcartney: la primera aborda la dispersión del legado de manuscritos y dibujos de Ceán en la segunda mitad del siglo XIX en Francia y su recuperación parcial en España a través de la correspondencia mantenida por distintos agentes implicados en su compraventa, como los críticos y coleccionistas Paul Lefort y Valentín Cardenera, mientras que la segunda explora el impacto que causó la obra de Ceán en los trabajos del escocés William Stirling Maxwell, uno de los hispanistas que más tempranamente rindió un merecido tributo al historiador español en sus *Annals of the Artists in Spain* (1848), y que se estudia en el contexto del impacto que causó la obra de Ceán en otros autores del ámbito británico.

La obra se cierra con dos capítulos que sirven de colofón centrados en los fundamentos historiográficos que determinaron la trayectoria científica de Ceán Bermúdez al hilo del contexto en el que emergen los estudios históricos de las bellas artes durante el periodo y de sus propios escritos. Daniel Crespo Delgado recuerda en su contribución cómo las aportaciones de Ceán fueron en el fondo parte de una empresa colectiva de mucho mayor alcance, nacida de unas expectativas compartidas por emprender una moderna historia de las bellas artes españolas que se materializaría, en realidad, en un buen número de publicaciones y textos, sin olvidar que todos estos escritos se potenciaron en un clima de constante y fluido diálogo que trasciende los méritos individuales de aficionados como Azara, Llaguno, Jovellanos, Ponz o Bosarte, por citar a los principales. A diferencia de todos ellos, la trayectoria de Juan Agustín Ceán Bermúdez se ex-

tendió al primer tercio del siglo XIX, siendo el único que vio trascender el legado compartido de las Luces y experimentar en primera persona los cambios que iban transformando poco a poco el panorama de las bellas artes con la aparición de más publicaciones especializadas, la apertura de nuevos museos, la institucionalización de exposiciones periódicas o la incipiente presencia de la crítica de arte en la prensa. De estas y otras transformaciones se hace eco David García López en el capítulo de cierre del libro, al tiempo que estudia la evolución de la propia escritura de Ceán, cuya riqueza se traduce igualmente en los muchos géneros y tipologías literarias cultivadas después de más de cincuenta años de trabajo. La lectura de este último texto invita, una vez más, a seguir los pasos de Ceán Bermúdez en las distintas etapas de su biografía, donde se advierte una y otra vez su incansable dedicación al estudio fueran cuales fueran sus circunstancias personales y profesionales, una pasión que determinó su vida y que este libro ayuda a recuperar desde muy diversos prismas, lo cual enriquece las ya de por sí meritorias aportaciones realizadas estrictamente en el campo de la historiografía de las bellas artes.

ÁLVARO MOLINA